

SIN POMPA Y CON CIRCUNSTANCIA: HEGEL, EN EL 250° ANIVERSARIO DE SU NACIMIENTO

Es notorio que Hegel despreciaba a la Naturaleza, ese Proteo de mil formas cambiantes y efímeras, siempre fuera de sí; «desecho de la idea», la Naturaleza sería por definición (o mejor: por falta de ella) la impotencia del concepto, en el doble sentido: por de pronto, sería lo impotente ante el concepto (o sea, ante la actividad teórico-práctica del hombre), sin poder por ende evitar ser penetrada *por todas partes*, dominada y trabajada por él, hasta el punto de que el espíritu objetivo establecería, como «una segunda naturaleza», sus instituciones éticas sobre ese monstruo subyugado; pero también, en definitiva, la Naturaleza es la impotencia del concepto mismo: no porque este no pueda dominarla, introduciendo en ella orden y concierto *tecnológico*, en cada caso; sino porque, resbaladiza por ser exterioridad pura, por serse exterior incluso a sí misma, cuando en un caso viene formada, formulada y técnicamente «empaquetada», reaparece inmediatamente en otro, desviada y desvariada, bajo otra deformación. De manera tan sospechosa como insidiosa, la Naturaleza, tomada en absoluto, sería entonces tan inefable por defecto como el Todo (lo único verdadero) lo es por exceso de *logicidad*. Con la Naturaleza se puede hacer *de todo*, menos *hacerla* o *crearla*. Con ayuda de la Lógica —pensaba Hegel— se puede decir y pensar todo; pero olvidaba

añadir: menos *el Todo mismo*. *Summum ius suma iniuria*. Y al contrario.

Viene esto a cuento porque este *annus horribilis* que muchos deseáramos ver ya acabado ha echado al traste con las celebraciones que por doquier iban a tener lugar para celebrar los fastos de la Modernidad cumplida en sus más altas esferas: música, poesía y filosofía, encarnadas respectivamente en Beethoven, Hölderlin y Hegel, los tres nacidos en 1770 (por cierto, es significativo que sea también este año el sesquicentenario del nacimiento de Lenin, sin que el evento haya tenido gran resonancia). Y en eso llegó un *nuevo* coronavirus: el SARS-CoV-2, originando una pandemia que, en octubre de 2020, se ha cobrado ya un millón de víctimas (repárese en que se trata de una nueva variante, corroborando así lo dicho sobre ese supremo *luxus naturae*; y adviértase además que el virus no tiene una existencia *propia*, no es un «individuo», sino un parásito que solo vive y medra introduciéndose en los órganos humanos: algo que extrañamente coincide con la descalificación hegeliana de la Naturaleza). El mundo entero está, no tanto horrorizado ante esa imparable expansión, cuanto sumido en el desconcierto y la perplejidad, reclamando a la Ciencia lo que antes Hegel creía asegurar por medio de la Lógica y de su encarnación viviente como Espíritu: el control de la

Naturaleza en la medida de lo posible (o sea: de lo agible y pensable).

Hegel era bien consciente de esa precisión: de esa *limitación*. No así muchos de los seguidores y detractores de ese supuesto Emperador del Pensamiento, a quien —según ellos— cabría aplicar con más razón que a Kant la donosa burla de Machado: «con el puño en la mejilla / todo lo llegó a saber». Por el contrario, los ensayos y recensiones de este número monográfico están acordes, por una suerte de *armonía preestablecida*, en resaltar una cierta sobriedad, por no decir humildad, en la vida y la obra de Hegel.

Respecto a lo primero, Sergio Montecinos (Universidad de Concepción, Chile) ha rescatado de su inmerecido olvido una semblanza del hombre Hegel, debida a la pluma de Heinrich Gustav Hotho —el conocido editor de la *Estética* hegeliana—, que en 1835 supo trazar un animado «retrato literario» de su maestro. En él se adivinan, a través de los inevitables ditirambos, las debilidades sentimentales, las adaptaciones (seguramente, también inevitables) al poder establecido (lo cual no tiene por qué reflejarse en su pensamiento; huele ya a rancia calumnia eso de «ideólogo del Estado prusiano»), y hasta sus dolencias, que le llevarán a una súbita muerte en medio de otra epidemia: la del cólera en Berlín (aunque no muriera de ello, sino —probablemente— de una hemorragia intestinal).

Por mi parte, mi contribución está precisamente dedicada a cortarle las alas (más postizas que propias del pensar hegeliano) a esa ave de cetrería denominada «el Absoluto» (*das Absolute*): una denominación «técnica», bajo la cual se quería traducir en

filosofía —y se dejaba traslucir— el venerable Dios del cristianismo, sin que esa enteca osificación del Espíritu viviente en el *Summum ens* (*das Höchste Wesen*) —en suma, en una abstracta entidad metafísica— le hiciera un gran favor ni a la religión ni a la Cosa del pensar, según el propio Hegel. No. Especialmente a partir de la *Ciencia de la lógica*, no ha ya lugar a tan interesada *hipóstasis*. El término «absoluto» es un *adjetivo calificativo*. Con toda concisión: hay Saber absoluto, Idea absoluta y Espíritu absoluto: esas esferas se compenetran y se copertenecen, pero a su base no hay otra Cosa, *más allá*. Sería un sinsentido intentar hablar en absoluto del Absoluto absoluto (por cierto, a tenor de lo anteriormente dicho no puede hablarse tampoco de «Naturaleza absoluta»). Las consecuencias de esta sobria reducción son evidentes y de largo alcance (por ejemplo: en política, como en el poder absoluto de los príncipes; o en una torcida interpretación de la religión, según la cual Dios estaría de suyo *ab-suelto* de toda referencia al mundo de los hombres humano; justamente, como un «Solitario sin vida»).

Las tres contribuciones siguientes están dedicadas a la filosofía del derecho *sensu lato* y a su fundamento más íntimo: la *libertad*.

En el primer ensayo, Andrew Buchwalter (University of North Florida, Jacksonville) rechaza el manido esquema reduccionista sobre la independencia del Estado sobre el individuo y sus sentimientos subjetivos, estableciendo la tesis de la *interdependencia* (emanada de la propia Lógica) entre la subjetividad (la libertad del individuo autoconsciente para subvenir *apasionadamente* a sus necesidades naturales, contra la arrogante